

Mi amigo, “el Flaco” Varela

Conocí a Roberto Varela, o “Flaco” como se le decía, hace más de treinta años, cuando Ángel Palerm me pidió asumir la responsabilidad de ser su asesor de tesis. Como tal vez recuerden, en esos años el doctor Palerm había iniciado un programa de capacitación en antropología. Se había embarcado en una estrategia para cambiar la dirección de la antropología mexicana, y parte de ésta era encargar sus candidatos a un antropólogo extranjero. Ángel hizo contacto con quienes pensaba poder conseguir la dirección que el quería y con el tiempo creó un grupo que incluía a Eric Wolf, Lawrence Krader, Bryan Roberts, Pedro Carrasco y Richard Schaedel. Roberto Varela perteneció al grupo de estudiantes formado por Patricia Arias, Brigitte Boehem, Alicia Castellanos, Andrés Fábregas, Alba González, José Lameiras, Larissa Lomnitz, Patricia de Leonardo, Tomás Martínez y Pablo Pérez, entre otros. Como escribí en un homenaje a Palerm, él logró, con cierta estrategia imperial, poblar nuevos departamentos de antropología con su gente. Su éxito puede apreciarse en la creación del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), después transformado en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Además participó en el desarrollo de los programas de ciencias sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa (UAM-I), donde Roberto Varela fue uno de los pioneros.

Roberto Varela persiguió siempre con avidez la verdad y la razón; pero estas dos cosas no siempre son compatibles, por lo cual tenía que equilibrar las demandas de una contra las de la otra. De joven buscó en la Iglesia católica este equilibrio, viajó a Roma y a la India. A pesar de las ricas experiencias que tuvo como jesuita, en los años sesenta decidió que la vida parroquial no era lo que ansiaba. En varios aspectos su carácter y disposición congeniaban con el papel de padre jesuita. Era considerado, de conversación cautelosa, intelectualmente alerta, mordaz e incisivo. También era apacible y dulce, muy cuidadoso con los sentimientos de otros y con un gran aprecio de las debilidades humanas.

He conocido a varios jesuitas quienes dejaron la Congregación por la antropología, y también a algunos que permanecieron como eclesiásticos pero que al mismo tiempo siguieron ejerciendo la disciplina de la antropología. Otro de mis estudiantes destacados de esa época fue Ricardo Falla, un jesuita guatemalteco. Nunca me sentí “el profesor” de estos dos hombres, “Flaco” y Ricardo, en el estricto sentido académico. Yo no tenía mejor intelecto, y no poseía mucho que enseñarles. En realidad, ¡se invirtió la relación! Su preparación intelectual como jesuitas les había proveído de una mejor y más amplia educación que la mía. Lo único que yo les pude dar era la herramienta de la antropología y mi experiencia personal y profesional. La razón por su excelencia como antropólogos y como seres humanos se debe a la capacidad intelectual y al impulso propio de cada uno de ellos. La educación y la disciplina jesuita junto con la formación antropológica proporcionaron las herramientas necesarias y ellos decidieron qué hacer con estos utensilios. A través de su agudeza intelectual sobresalieron.

La decisión de dejar la Congregación, sin duda un paso crucial en su trayectoria, no cambió fundamentalmente la naturaleza de los intereses de Roberto, y tampoco modificó su modo de pensar. Años después, en un recuento del desarrollo de la antropología en la UAM-Iztapalapa, Roberto precisó las tres tendencias en conflicto en el Departamento de Antropología. En primer lugar situaba la preparación práctica para que los estudiantes pudieran entrar en el mercado de empleo competitivo; en segundo estaba la propensión a llenarlos a la fuerza con todas las variedades de antropología, y, en tercero, estaba la inclinación a minimizar la antropología académica, y ofrecer, en cambio, cursos más estructurados de filosofía, literatura e historia. Roberto escribió: "Personalmente me inclino por la tercera".¹

En los treinta años que nos frecuentamos se hizo evidente que la razón por la cual llegué a considerar a Roberto uno de mis mejores amigos era porque compartíamos una preferencia por las ideas por encima de los hechos. Éstos siempre fueron importantes, pero los modelos y las ideas que ellos engendran era lo que nos interesaba. En los primeros años de los cuarenta yo estudiaba filosofía en la universidad, pero la Segunda Guerra Mundial me obligó a interrumpir esta actividad. Mientras presté servicio en la Marina en las Islas del Pacífico tuve la oportunidad de ver sociedades muy distintas de las que había conocido antes en los Estados Unidos de América. Cuando, después de la guerra pude retomar mis estudios decidí dejar de lado la filosofía en favor de la antropología, pues me parecía que ofrecía una manera más directa, y más pintoresca, para comprender cómo funciona el mundo humano.

No recuerdo si "el Flaco" y yo discutimos alguna vez en estos términos al respecto, pero sí era muy claro que ambos nos interesábamos menos en las materias focales antropológicas de moda (en estudios detallados de parentesco, descripciones etnográficas meticulosas de la vida de un pueblo, o exploraciones exhaustivas de las creencias y la cultura material, por ejemplo). A los dos nos preocupaba menos la apariencia de la cultura, y nos atraía más cómo funcionan los sistemas sociales o, como en su estudio de Tlayacapan, como *no* funcionan. Tal vez el trabajo que "el Flaco" hizo en la India tuvo el mismo efecto que el que tuvieron las Islas del Pacífico sobre mí. Obviamente no era lo exótico lo que nos cautivaba de la antropología.

Un área de interés particular que siempre compartimos era la estructura del poder en la sociedad. A él le apasionaba la cultura política y escribió varios ensayos evaluando el trabajo de otros estudiosos, sobre todo mexicanos. Este interés se evidencia en su tesis sobre Tlayacapan, en ella describe que, en efecto, el gobierno local y sus actores no tenían acceso a las grandes decisiones, que se hallaban en manos del gobierno estatal. Examinó la cuestión del poder en la sociedad de Tlayacapan y esto permaneció como uno de los temas intelectuales que le preocuparon durante el resto de su vida.

Regreso a aquellos primeros años. Parte de la estrategia de Ángel Palerm para capacitar a sus estudiantes era que ellos fueran a las universidades donde trabajaban los antropólogos extranjeros afiliados a su programa. Así, los candidatos obtendrían la ventaja de la experiencia de estos últimos, aunque sus diplomas serían mexicanos. Por lo anterior, con agrado tuvimos al "Flaco" con nosotros en la Universidad de Texas por un año. Ahí tuvo acceso a las bibliotecas, y particularmente a la Colección Netty Lee Benson, una de las mejores colecciones existentes que sigue siendo un gran recurso intelectual. Durante ese año nos veíamos a menudo, estuvo muchas veces en nuestra casa, nos acompañó en excursiones locales, y participó en conferencias de ciencias sociales en universidades cercanas.²

"El Flaco" Varela era un hombre modesto que nunca sintió la necesidad de imponer sus ideas. Platicar con él era conversar con una persona suave y dulce, alguien que era un buen maestro. Tenía un don muy especial también para colaborar con otros estudiosos. Muchos

¹ Roberto Varela, "El Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa: Caminos andados y por andar", *Alteridades*, año 10, núm 20, 2000, p. 150.

² Una de ellas fue publicada como "The limits of Latin American political participation: a critique of the revisionist literature", en Mitchell A. Seligson y John A. Booth (eds.), *Political participation in Latin America*, red. 2, *Politics and the poor*, Holmes and Meier, Nueva York, 1979, pp. 147-152.

de mis colegas son egoístas, pero “el Flaco” era lo opuesto. Su bibliografía contiene varios volúmenes en que colaboró, o en los cuales hizo trabajo de redacción detallado. Mis propios libros, dos de los cuales él redactó, fueron notablemente mejorados por sus oficios profesionales.

Respecto a esto se puede llegar a la conclusión de que “el Flaco” encontraba su mayor placer en que las cosas caminaran bien. Fue un “habilitador”, una persona capaz de ver que algo se debía hacer, y luego dedicar sus esfuerzos para que se lograra. La habilidad de promover el trabajo de otros no es lo suficientemente apreciada en nuestra sociedad. Las personas que trabajan para lograr el éxito en algún proyecto intelectual tienen primero que haber comprendido el contenido del proyecto y luego comprender su trascendencia en el contexto del mundo real. Esto nos recuerda la búsqueda vital del “Flaco”: “siempre buscar la verdad y la razón”, y construir modelos para explicar nuestro mundo, para ayudarnos a comprenderlo mejor.

He procurado impulsar proyectos que he considerado importantes para entender mejor nuestro mundo, y raras veces han sido ideas propias. La verdad es que hay muy pocas ideas originales, casi todo nuestro pensamiento está integrado por componentes anteriores, encontrados en nuestro entorno intelectual. Casi cualquier persona puede producir una síntesis; pero, como en la mayoría de las mutaciones, gran parte de estas síntesis intelectuales no sobreviven el proceso de la selección natural. Si ideas nuevas merecen ser promovidas tendrán que ser tratadas con cuidado y tendrán que ser nutridas y reproducidas en las mentes de otros.

Creo que fue a principios del nuevo milenio que “el Flaco” decidió venir a Guatemala a visitarnos. Fue la primera vez que compartimos unos días sin estar trabajando en algún proyecto académico. En vez de hablar de antropología, de modelos, de estructuras, simplemente gozamos de nuestra mutua compañía. Decidimos hacer una excursión en auto y, en vez de llevarlo por caminos conocidos por mí, a lugares ya familiares, nos fuimos solos a conocer un área del país donde ninguno de los dos había estado, para que ambos pudiéramos disfrutar de la experiencia de la novedad, del descubrimiento mutuo. Aunque nunca había estado en Guatemala sus observaciones fueron siempre agudas y deslumbrantes.

La última visita que hice a México para ver al “Flaco” fue cuando se publicó mi libro sobre la utilización de la energía como una herramienta para medir o analizar las sociedades del mundo. Aparentemente las ideas ahí presentadas le interesaron desde que las empecé a desarrollar durante la década de 1970. ¡Esta infección les fue transmitida a algunos de sus estudiantes! El modelo fue concebido como un modo libre de contenido ideológico de analizar la dinámica social, a diferencia de lo que ocurre con la teoría marxista, cuya aplicación se dificulta por la ideología. Este modelo empezó a crear una pequeña ola de interés, pero no podía competir con la popularidad de Marx, ni después tampoco con la de Foucault. Por lo tanto, y eso lo entiendo ahora, tal vez hacen falta muchas personas raras como su servidor y mi amigo “Flaco”, para que este análisis pueda parecer atractivo.

Una de las más importantes contribuciones institucionales de Roberto Varela fue la realización de programas en la Universidad. Al poco tiempo de haber terminado su trabajo doctoral llegó a la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, y a ésta le dedicó el resto de su vida profesional. Contribuyó no sólo en la construcción del Departamento de Antropología, sino en general en el programa de ciencias sociales y, por ende, de la Universidad misma.

“Flaco”, dedicaste abnegadamente horas y días enteros al mejoramiento de mis libros, traduciéndolos y llevándolos a su publicación. Gracias. Con todas tus habilidades, sensatez y éxitos llegaste a ser un amigo entrañable en muchos sentidos. Nos reímos de las tonteras académicas; hablamos de política y poder en el mundo real así como en el plano teórico. Caminamos, conversamos y reímos. Tu ausencia ha dejado un vacío que, por lo menos yo, no podré llenar.

Richard N. Adams
Universidad de Austin, Texas